

MUNDILLO

ARTÍSTICO Y LITERARIO

LA FIESTA DE LA SEMANA

PRESENTACION DE TROFEOS

Por Federico GALINDO



Maite contempla amorosamente los trofeos que otorgará a los triunfadores de las próximas corridas de toros de San Isidro. Sobre la repisa pueden verse dichos trofeos, captados atinadamente por el travieso Santos Yubero. Y detrás, como fondo y acaso como una alusión a los que no puedan adquirir entradas para tan populares corridas, un aparato de televisión. Todo ello ha compuesto una estampa llena de garbo y de belleza

(Foto Santos Yubero.)

El otro día dió una fiesta Maite para mostrar unos trofeos taurinos para los lidiadores que mejor queden en las corridas de San Isidro.

Hubo un lleno. Y se sirvió un coctel o como quieran ustedes llamarlo.

Nada más entrar recibimos una importante noticia:

—Valencia acaba de derramar una copa de "cuba libre" sobre la pernera del pantalón de un amigo de Bellón.

Efectivamente, alguien le había dado un codazo al joven matador de toros cuando estaba con la copa en la mano, produciéndose la dramática situación que acabamos de referir.

Luego se puso a hablar con Emilio Romero, que le dijo:

—El toro para ustedes es un enemigo.

—No, señor—contestó Valencia—; el toro, para el torero, es un amigo, un colaborador.

No quiséramos hablar en esta crónica de canapés, pastelillos y todas esas zarandajas de que hemos habiado en otras ocasiones, pero si nos creemos en la obligación de decir que los invitados fueron clasificados en dos clases: con derecho a langosta y sin derecho.

Entre los primeros estaba Marcela Yurfa, que se presentó con un traje de color de rosa que causó mucha sensación.

—Esto no es Marcela Yurfa. Esto es un crepúsculo matutino—dijo alguien aludiendo al trajecito.

El que tenía mucha gracia era un actor que en cuanto se cansaba de estar con una persona o no le interesaba permanecer con ella, se separaba diciendo:

—Perdón. Voy a ver si encuentro a mi hermano...

Mariano Povedano, tan dicharachero como siempre, andaba de grupo en grupo, con unas gafas oscuras que parecían dos paraguas abiertos:

—¿Cómo va ese avecrem?—le preguntaban.

Y él sonreía feliz.

La llegada de Emma Penella y de su hermana, la de la nariz, produjo un conato de conmoción en la sala, pero, afortunadamente, no llegó la sangre al río y los ánimos se serenaron.

Orbeagozo lo estaba pasando en grande. Mostraba su preferencia por unos diminutos canapés rellenos de paella—perdónesenos que mencionemos de nuevo los canapés, aunque habíamos prometido no hacerlo—que de vez en cuando pasaban ante sus ojos.

Alguien le preguntó la razón de tal insistencia con los canapés.

—Es que quiero ver si en alguno encuentro un muslo de pollo.

El pintor y director cinematográfico Manuel Herrero comentaba su próximo viaje a Londres. Y daba consejos sobre bebida.

—No se debe abusar de la bebida. Si no puede ocurrir lo que a mí me ocurrió en una calle: en lugar de Avenida de los Reyes Católicos, lei Avenida de los Frenos Hidráulicos.

Hubo algunas confusiones muy graciosas. Por ejemplo, uno de los invitados creyó que Marino Gómez Santos era Raimundo Saporita, el tesorero del Madrid.

Pépe Nieto también deambulaba por los salones. Más tostado que nunca. Conversaba con unas señoritas. Sin duda, de temas de mucha altura. Con disimulo nos acercamos a oírle:

—No—decía—, yo no soy partidario de los cerdos. Soy más partidario de la huerta.

Y es que estaba hablando de la finca o granja que posee en Navalcarnero.

Los trofeos taurinos estaban encima de una repisa, pero nadie los miraba.

La fiesta estaba en su apogeo. Pero el deber es lo primero. Nadie se dió cuenta de nuestra huida. Así da gusto.

Para final dediquemos un elogio al barman Manuel Blanco Pío, que estuvo siempre en primera línea.